

CARLOS OCTAVIO BUNGE Y LA INSTITUCIÓN FILOSÓFICA: EDUCANDO AL CACIQUE PROGRESISTA

OSCAR TERÁN*

La creación de la Facultad de Filosofía y Letras porteña ocupa un lugar estratégico dentro de la institucionalidad intelectual argentina. Dicho lugar se articula con el intento de recomposición de una clase dirigente que se ve a sí misma y a la sociedad que tutela amenazadas por el fantasma finisecular de la decadencia, que en la ciudad de Buenos Aires ha sido identificada con el "materialismo mercantilista". La fundación de esta Facultad luce como una respuesta directa a esta demanda de relegitimación, y en ese espacio institucional es posible observar el modo como las dos grandes corrientes del período (el positivismo y el modernismo espiritualista) atendieron a la misma cuestión desde sus respectivas matrices ideológicas. En otro sitio he explorado esta última variable en los escritos de Miguel Cané, y el modo como esas construcciones discursivas se ubicaron en su caso en la búsqueda de una armonización que recurre a la moralización y estetización classicista de la cultura.⁽¹⁾ Ahora quiero observar ese mismo fenómeno desde lo que genéricamente llamamos el positivismo, tomando el caso de Carlos Octavio Bunge, profesor titular de Ciencia de la Educación en Filosofía y Letras en los primeros años del siglo.

Se sabe que el autor de *Nuestra América* busca las causales de los males latinoamericanos en una sociología psicobiológica que se le ocurre fundadamente científica, y en la cual el papel explicativo adjudicado al factor étnico lo coloca como uno de los casos extremos del racismo hispanoamericano. Pero es esa misma

* Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Quilmes.

concepción la que le permite alentar mayores esperanzas respecto del futuro argentino cuando lo coteja con otras sociedades que contienen un lamentable componente de razas no blancas.

No obstante, esta optimista visión argentinocéntrica alberga un punto ciego que los escritos de Bunge localizan en los fenómenos degenerativos que amenazan incluso a los individuos blancos tanto de la población inmigrante como de la élite a la que él mismo pertenece.⁽²⁾ Ese tema había sido instalado en la cultura finisecular por un cruce de literatura decadentista y darwinismo social, y constituye una preocupación de época que sostiene el éxito editorial del libro *Entartung* de Max Nordau o el tópico del nihilismo nietzscheano. En sus extremos, es la totalidad del porvenir humano lo que se halla en juego: “¿Hacia dónde marcha la anémica humanidad contemporánea —escribe Bunge—, ya vagamente degenerada y acaso decadente?”⁽³⁾

Estos temas atravesaban esferas intelectuales y políticas en otros aspectos bien diferenciadas. Si dentro de los ambientes anarquistas se recurría a dichos modelos para denunciar una “selección al revés” originada en el parasitismo burgués, también para Bunge los riesgos de degeneración de la aristocracia residen en esa causa, conduciendo a la disminución de la vitalidad, que se manifiesta a menudo en agotamiento y neurosis.⁽⁴⁾ A esta selección invertida contribuyen también para Bunge “los actuales progresos de las ciencias médicas”, que permiten conservar “la vida de los enfermos más graves” y de tal modo atacan a la naturaleza en su más precioso papel, el de la selección de las especies. Para colmo, han retrocedido por igual “las grandes convulsiones sociales —pestes, hambres, guerras— y las grandes intransigencias —religiosas, políticas y jurídicas— (que) contribuían en primera línea a eliminar a los degenerados”.⁽⁵⁾

Esta obsesión bungeana se expresó asimismo en el género literario que cultivó, y forma parte de una denuncia destinada a impugnar a su propio sector social. Según las memorias de su hermana Julia, ése fue el origen de *Revolución en Chulampó*, la pieza teatral que dio a conocer en 1904.⁽⁶⁾ Pero ya en 1895 el protagonista de otro de sus relatos se lamentaba de la fiebre mercantil que dominaba a los porteños y de su deseo desenfrenado de enriquecimiento, que les hacía postergar otros bienes más nobles. Al evocar en un texto sobre teoría de la educación estas denuncias, Bunge reconocerá que “dolorosas y bien pesimistas páginas me ha inspirado, en otra oportunidad, la psicología de la clase directora, especialmente de la juventud rica, tan ociosa, frívola y burlona”.⁽⁷⁾ He aquí un diagnóstico que compartirá con una constelación de época tan extendida como para abarcar a intelectuales pertenecientes desde el anarquismo hasta el catolicismo: “El oro y sólo el oro es lo que más ama y aprecia la sociedad de Buenos Aires...; he ahí una funesta influencia y una consecuencia necesaria del progreso. La gente de aquí ya ha perdido sus sanas y saludables ideas de antes, sus ingenuas, morales y sencillas aficiones. Ya no es éste el mundo de nuestros buenos viejos padres... Ya no se aprecia la reputación científica, política o literaria, ya no se aprecian tampoco los

apellidos. Todos acabaremos por ser banqueros, comerciantes o industriales. Seremos al fin y al cabo tan sólo una imitación, una caricatura ridícula, desmayada, descolorida, del espíritu *yankee*, con sus defectos y sin sus méritos".⁽⁸⁾

Este tradicional recurso al archivo del republicanismo como resguardo ante algunos avances de la modernidad se superponía con la más vasta inquietud promovida por los efectos desencantadores de la secularización. Percibe Bunge así que, "como el mar, las religiones han de retirarse lentamente, dejando en descubierto nuevas tierras".⁽⁹⁾ Pero si estas palabras evocan rápidamente al Nietzsche de la tercera intempestiva,⁽¹⁰⁾ resultan contrarias las conclusiones que Bunge extrae respecto del autor del *Zarathustra*, puesto que si de aquella muerte de dios el solitario de Sils-Maria derivará prescripciones tan inquietantes como liberadoras, en Bunge predomina una mirada preocupada ante la amenaza de disolución del lazo social como consecuencia de la caída de los ideales compartidos. Precisamente ése ha sido el papel fundamental desempeñado por las creencias religiosas: "No ha de olvidarse que el culto religioso ha sido siempre una forma del culto a la nacionalidad. Los holocaustos han representado generalmente fecundos sacrificios a la cohesión y a la potencia sociales" (150) que si Bunge considera ya insuficientes, piensa que es preciso sustituirlas sin apresuramientos. Eso es lo que le hace reconocer en el integrista presidente ecuatoriano Gabriel García Moreno a "uno de los notables gobernantes criollos", ya que en Ecuador el ideal teocrático "fue una palanca de orden y hasta de relativo progreso".⁽¹¹⁾

Ante la crisis entonces de unas virtudes cívicas colocadas en las antípodas del mundo de los negocios, y la necesidad de ideas-fuerzas que puedan sustituir a las de una religión exhausta, juega un papel fundamental la importancia adjudicada por Bunge a los aspectos simbólicos como instancias productoras de sociedad.⁽¹²⁾ Y es que allí donde ni siquiera los factores étnicos garantizan el vínculo social, y los intereses económicos no hacen sino escindir a la sociedad en clases contrapuestas,⁽¹³⁾ lo único capaz de constituir el cemento de la sociedad reside en el lazo simbólico, y por eso la comunidad humana representa una "entidad psíquica" esencialmente constituida por los sentimientos e ideas comunes de los individuos que la componen.⁽¹⁴⁾

A partir de estas convicciones, se abre en los textos de Bunge una estrategia de construcción social que replica la idea identitaria colectiva moderna por excelencia: en sociedades en franco proceso de secularización, y ante la fragmentación de la modernidad, sobredeterminada en la Argentina por el aluvión inmigratorio y su colusión con el anarquismo, el relevo para aquellas convicciones remitirá a un arco de creencias y sentimientos nacionalistas, y la religión será la religión de la patria.

Para la construcción del consenso, esta propuesta recurrirá a la misma prope-
deútica instalada por el legado liberal iluminista y centrada en la educación patrió-
tica de las masas. Si la sociedad se funda y constituye sobre el lazo simbólico, en los
tiempos que corren para Bunge no caben dudas de que el mismo no puede ahora
confiarse en la esponaneidad de la sociedad, sino que se debe apelar a la instancia

estatal como productora de una simbología asociativa. “El Estado, como representante de la nacionalidad — escribe en *El Monitor de la Educación*—, debe encarnar sus tendencias y propósitos”.⁽¹⁵⁾

Cabalgando de hecho sobre el persistente legado del liberalismo conservador (esto es, del que acepta el liberalismo económico y rechaza la democracia política) en un artículo de 1904 titulado “La ética del porvenir” había enunciado esta preocupación en términos más abarcadores que conviene reproducir: “En suma, el principio igualitario se ha desenvuelto en tal forma y adquirido tal expansión en la ética contemporánea de los pueblos de Occidente que amenaza producir el desorden y la anarquía en la vida interna de las naciones y debilitar la potencia de su política externa”, y si se trata de un sofisma tremendamente peligroso es “porque puede ser profesado por una mayoría ignorante e inteligente, cuyos intereses inmediatos son a menudo opuestos a la alta cultura social”. En suma, es la concepción misma de la democracia la que debe ser impugnada por apoyarse en una serie de hipótesis anticientíficas como la del contrato social, el individualismo originario o la soberanía popular.

Carlos Octavio Bunge observaba así el panorama nacional con ojos alberdianos que han tenido el tiempo de ver que las masas inmigratorias no están en condiciones aún de cambiar la “masa o pasta” de la población nativa y sus dudosas costumbres criollas. Peor aun cuando bajo este manto de eventual decadencia cívica caen asimismo las clases económicamente pudientes. De tal modo, en estas sociedades de “Nuestra América” “la pobreza de las clases bajas y el egoísmo de las ricas, la ignorancia de las masas y las imperfecciones generales del alma humana, hacen imprescindible la acción gubernamental”.⁽¹⁶⁾ Por eso Porfirio Díaz es “uno de los más grandes estadistas del siglo XIX (ya que) gobierna a México como México debe ser gobernado”. “Es pues el prototipo de la más *rara avis* del caciquismo: ¡el cacique progresista!”. Y es que para ciertos pueblos “un despotismo civilizador es infinitamente más fecundo” que la libertad republicana.⁽¹⁷⁾

Si entonces se interroga a estos textos con la pregunta platónica (¿quién educa a los educadores?), esos mismos textos tienen la respuesta preparada, en la medida en que sostienen que “toda civilización es obra de una aristocracia”.⁽¹⁸⁾ Y para *Bildung* de esa aristocracia el positivismo bungeano teje una currícula que terminará por redefinir el carácter de ese mismo positivismo. No puedo detenerme en este último aspecto, pero sí quiero señalar que Bunge instala esa formación de la élite en un doble registro. El primero de ellos se adecua bien al programa positivista, dado que recomienda atacar el viejo tema del apaciguamiento de las pasiones indeseables en términos similares a los indicados por ese otro faro de la generación finisecular que fue Hyppolite Taine cuando expresó que “la ciencia engendra prudencia, y los estudios en profundidad disminuyen el número de las revoluciones al disminuir la influencia de los teóricos”.⁽¹⁹⁾ Análogamente, Bunge verá en la ciencia un freno de los afanes igualitaristas. Contra esa tendencia “doctrinaria y sentimental” el dique consiste en el estudio positivo de la historia, la política, la

economía, la sociología. Esas enseñanzas deben ser atesoradas por “la clase culta” para hacerse del poder, y promover “desde el gobierno... la difusión de la cultura”. Sólo así “el huracán de la ciencia” guiará a las multitudes, “en la noche del desierto, hacia la Tierra Prometida, hacia una nueva etapa de progreso”.

La otra parte del programa destinado a educar a los educadores del cacique progresista resulta más sorprendente porque coincide con la propuesta del espiritualismo modernista y se rearticula fuertemente con el proyecto fundacional de Miguel Cané para la Facultad de Filosofía y Letras. En efecto, el eje de esa pedagogía para la élite será colocado en el cultivo de las humanidades, para brindar una educación tan “espiritualizada” y jerárquica como la élite que Bunge imagina. Considera así que los estudios preparatorios clásicos ofrecen al médico, al abogado y al humanista una base más sólida y completa de conocimientos que los llamados modernos, y adhiere a la idea de la educación estética, subsidiaria a su vez de la teoría de las facultades: “El griego da las nociones primarias de la ética. El latín desarrolla la lógica del espíritu, y precisa las ideas y el estilo.” A esta necesidad universal de las lenguas clásicas se le suma en los países de habla castellana la circunstancia de que “quien ignore en absoluto el latín no puede conocer a fondo su idioma nacional. Y éste representa la forma concreta y categórica del alma nacional, cuyo culto debe ser uno de los altos objetivos de toda enseñanza eficiente”. En cambio, “el técnico” no necesita la misma preparación en estudios clásicos, del mismo modo que “para la masa del pueblo pareceme de todo punto innecesario el estudio del latín... Sólo conviene tal estudio a aquellos educandos que, por sus aptitudes y por la carrera elegida, están llamados a formar la **clase gobernante y directora**”.⁽²⁰⁾ Y es que si las humanidades son “las más útiles y elevadas especulaciones del espíritu humano”, es porque, “siendo función del humanista fijar rumbos a las sociedades, él es el más trascendente de los ciudadanos. Su acción es doble: directa en lo moral (política, artes) e indirecta sobre lo material (ciencias, riqueza). De ahí que las instituciones en que se enseña humanidades sean las más importantes”.⁽²¹⁾

He aquí entonces otra respuesta demorada al discurso de colación de títulos pronunciado por Lucio V. López en 1891 en la Facultad de Derecho, donde declaraba la decadencia de esa carrera como parte de la decadencia de las “clases superiores”, “intelectuales y dirigentes”, y recomendaba el cultivo de la cultura clásica. De otro modo —concluía—, una democracia como la argentina, “a la que no emigran atenienses”, corre el riesgo de remedar “el cosmopolitismo pervertido de Nueva York”, sin contar para colmo con el contrapeso que en el país del Norte “conserva el palladium de la aristocracia washingtoniana”, donde “todavía hay una escuela de griego y de latinidad”.

Es en la estela de esa problemática donde he querido colocar la intervención de Carlos Octavio Bunge en su desempeño filosófico para avalar la hipótesis anticipada de que la creación de la Facultad de Filosofía y Letras porteña ocupa un

lugar estratégico dentro de la institucionalidad intelectual y (agrego) estatal en la Argentina del fin-de-siglo.

NOTAS

(1) Véase "Una Academia ateniense para la Cartago sudamericana" en el número homenaje de *Espacios* a la Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1996.

(2) Para la biografía de C. O. Bunge, véase E. J. Cárdenas y C. M. Payá, *La familia de Octavio Bunge*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.

(3) C. O. Bunge, *Estudios filosóficos*, Casa Vaccaro, Buenos Aires, 1919, págs. 242-243.

(4) En *Teoría de la ética y del derecho* cita al respecto a Roy Lankaster, quien confirma que "toda nueva serie de condiciones que tienden a hacer más fácilmente asequible al animal la seguridad y el alimento conducen, por regla general, a la degeneración". De tal modo, si se consigue que la vida parasitaria esté del todo asegurada, en esas especies "veréis desaparecer poco a poco las piernas, las mandíbulas, los ojos, las orejas".

(5) *Estudios Filosóficos*, op. cit., págs. 243-252. La cita sigue: "En la edad media, la hoguera en que se achicharraban centenares de «brujos» fué una herida saludable por donde el cuerpo de muchas naciones supuró el fétido humor de sus neuróticos". En cambio, "la higiene pública, la generalización de la instrucción, los adelantos de las industrias, el desproporcionado reparto de las riquezas, el relativo *confort* difundido en ciertas clases sociales, el maquinismo, la fraternidad política, religiosa y jurídica de ciertos hombres y pueblos, la poca frecuencia y menor crueldad de las guerras, facilitan ahora la obra de la medicina en la perpetuación de los degenerados..."

(6) Julia V. Bunge, *Vida, Epoca Maravillosa*, Emecé, Buenos Aires, 1965, pág. 201. Igualmente, "la *jeneusse dorée* masculina de Buenos Aires, afirmaba, es todo lo más inútil, vano, inflado, pretencioso e inservible del elemento juvenil, mezclado con alguno que otro joven de mérito sobresaliente". E. J. Cárdenas y C. M. Payá, *La familia de Carlos Octavio Bunge*, op. cit., pág. 251. Otra vez entona esta denuncia en 1908 al estrenar el drama *Los colegas*, y en su artículo "La evolución del derecho y la política" denuncia lo que percibe como la corrupción del roquismo.

(7) C. O. Bunge, *La Educación*, Vaccaro, Buenos Aires, 1920, t. II, pág. 361.

(8) Hernán Prins (seudónimo de C. O. Bunge), *Mi amigo Luis*, Imprenta Elzeviriana, Buenos Aires, 1895, págs. 124 y 125.

(9) *Estudios filosóficos*, op. cit., pág. 151.

(10) "Las aguas de la religión se retiran dejando tras de sí charcas y pantanos...". F. Nietzsche, *Consideraciones intempestivas*, III, par. 4, en *Opere 1870-1881*, Roma, Newton Compton Ed., 1993, pág. 414.

(11) C. O. Bunge, *Estudios filosóficos*, op. cit., pág. 150, y *Nuestra América (Ensayo de psicología social)*, Valerio Abeledo Editor-Librería Jurídica, Buenos Aires, 1905, págs. 188 y 210.

(12) Ha sido atinadamente observado que "no obstante el esquema positivista que ordena sus reflexiones, cabe destacar que Bunge reconoce también que la institución estatal lleva consigo una dimensión simbólica, no menos efectiva que la coacción física". Jorge Dotti, "El concepto de derecho en Carlos Octavio Bunge", en: *Anuario de Filosofía Jurídica y Social*, Buenos Aires, 1990, vol. 10, págs. 145-159.

(13) C. O. Bunge, *El derecho*, Valerio Abeledo, Buenos Aires, 1915, t. II, págs. 208-214: "Analizando los factores de una sociedad cualquiera, especialmente de las actuales, fácilmente se ve que puede no haber, y en la mayor parte de los casos no hay, unidad de raza, ni de lengua, ni de religión. Los intereses económicos de las distintas clases sociales son más o menos contrapuestos. ...Por tanto, la unidad social

ha de radicar en algo disínto y superior a la unidad étnica, lingüística, religiosa, económica y territorial, aunque derive de una serie de antecedentes relativos a vínculos de todos estos órdenes".

(14) En definitiva, "una sociedad es ...un organismo psíquico". *Estudios filosóficos*, op. cit., pág. 120, y *El derecho*, op. cit., t. II, pág. 208.

(15) Véase C. O. Bunge, "La educación patriótica ante la sociología", en: *El Monitor de la Educación*, Buenos Aires, 31 agosto 1908, págs. 67-70 y 38, y C. O. Bunge, *La educación*, t. III, págs. 24 y 25. Asimismo: "El lazo más firme ...estriba en ...el concepto de la nacionalidad... Este espíritu social o alma colectiva no es otra cosa que el fondo psíquico común a todos o a la mayor parte de sus individuos". *Estudios filosóficos*, op. cit., págs. 120-121.

(16) Bunge, *La educación*, III, op. cit., págs. 14-15.

(17) *Nuestra América*, op. cit., págs. 228, 232 y 212.

(18) *Estudios filosóficos*, op. cit., págs. 153-156.

(19) Cit. en Robert A. Nye, *The anti-democratic Sources of elite Theory: Pareto, Mosca, Michels*, Sage Publication Inc., Londres-California, 1977, pág. 10.

(20) C. O. Bunge, *La educación*, op. cit., libro II, págs. 126 a 129.

(21) C. O. Bunge, *Principios de psicología individual y social*, Daniel Jorro Editor, Madrid, 1903, pág. 26.